

Proveedores de argumentos para la resignación

Cuando este texto vea la luz, mis nuevos y viejos alumnos que estudian profesiones relacionadas con la intervención socioeducativa estarán comenzando un nuevo curso escolar. Los profesionales sociales en activo se enfrentarán, tras la pausa vacacional, a la compleja tarea de ayudar a las personas en tiempos de crisis, en medio de cambios políticos en las administraciones, en los que es posible que los nuevos electos les orienten hacia direcciones opuestas a las de la sensatez social y profesional. Por otro lado, el complejo movimiento indignado que despegó el 15 M y ocupaba todavía páginas mediáticas en junio, alterando nuestras visiones sociales, estará en otra fase de su contestación, abocado a mantener unidas solidaridades emocionales diversas, contradictorias y, a la vez, hacer alguna mella en *el sistema*, siendo radical sin ser violento. Ante ese panorama, en parte nuevo, en parte eterno, surgen las preguntas sobre el espacio político de los profesionales sociales: ¿son los profesionales de la intervención socioeducativa simples proveedores de argumentos para la resignación?

El curso pasado, algunos alumnos y alumnas me pidieron más tiempo para entregar los trabajos finales porque andaban de acampados indignados en alguna plaza. Más de un compañero profesor participó en los debates de los espacios públicos. Profesionales en activo vieron como alguna persona a la que atendían recuperaba un cierto grado de autonomía e iniciativa metiéndose en acciones reivindicativas. Desgraciadamente, la mayoría de los que atendían y atienden siguen padeciendo en silencio, aceptando de formas diversas las escasas ayudas para la supervivencia.

Cuando los trabajadores y educadores sociales se convierten cada día más en gestores de prestaciones y tienen el encargo implícito de gestionar con habilidad las molestias que algunos ciudadanos y ciudadanas crean, ¿dónde queda nuestra pretensión de acompañar procesos de cambio, dinamizando la comunidad y estimulando la toma de conciencia de las personas sobre su realidad? ¿Qué hacemos cuando desde la calle se contesta, con argumentos que en buena parte compartimos, las políticas concretas que debemos aplicar? Que no se asuste el lector o lectora, no pretendo llamar a ningún tipo de revolución desde los servicios sociales. Me conformo con renovar el malestar que siempre debe producirnos nuestro trabajo para no olvidar nunca las formas humanas y solidarias de hacerlo.

Sufriendo con las personas que sufren y asumiendo que nuestras sillas profesionales se seguirán moviendo siempre, para no instalarnos en la crisis personal permanente y no pasar fácilmente al bando de los resignados conformistas (que para quedar bien llamamos “quemados”), sugiero que hagamos por lo menos lo siguiente:

- No dejarnos atrapar por los eslóganes con los que tienden a hacernos funcionar los que nos mandan. Por ejemplo, los relacionados con *la familia*, los valores *fuertes*, *los de aquí*, el *orden* democrático, etc. Seguir pensando que podemos pensar. No renunciar a observar y analizar continuamente una sociedad compleja y cambiante, que nos obliga continuamente a cambiar.
- Por más dura y complicada que sea la situación de las personas a las que atendemos no ceder a la tentación de considerar que “se lo han buscado”. En las profesiones sociales no caben (salvo para hacer negocio) los que sólo hablan de mérito. Nuestras profesiones están hechas para construir oportunidades y hacer que las personas puedan aprovecharlas. Si nos entran dudas, sólo hay que hacer el esfuerzo de imaginarnos viviendo desde nuestra llegada al mundo en las condiciones de la persona de la que nos ocupamos (o hacérselo vivir a quienes consideran que se hicieron a si mismos).
- Por definición, cualquier intervención social es aquella que considera a la persona y el entorno en el que se produce su malestar, sus dificultades, su exclusión. No se puede pensar que todo se reduce al seguimiento individual cuando de lo que se trata es de hacer acompañamiento en clave comunitaria.
- Aunque parece obvio, muchos profesionales acaban olvidando que trabajan en sociedades injustas y que sólo consiguiendo algunas dosis mínimas de igualdad cobra sentido nuestro trabajo. Cuando yo era muy joven se decía a los pobres que este mundo era un “valle de lágrimas”, pero que en el cielo, que era el reino de los pobres, ya disfrutaríamos. No hay trabajo social sin conciencia política crítica.
- Cuando el movimiento indignado reclama radicalidad democrática nos remite también a prácticas profesionales participativas. Podemos aprovechar para recordar que el otro al que atendemos es una persona con derechos. Especialmente con dos: el de participar activamente en el proceso de ayuda y cambio; el de decidir autónomamente sobre su vida.

Jaume Funes
www.jaumefunes.com